

El P. Daniel de Barandiarán. Cristo en Guayuco

Euzko Gaztedi, 1960-06: 8; 4-5.

Este sacerdote no usa sotana, ni viste de negro, ni siquiera lleva tonsura. Se cubre con la dignísima humildad de un trabajador cualquiera.

Apenas le distingue una pequeña cruz en la solapa, sobre su camisa kaki. Que eso, en los tiempos en que tanto farsante exhibe medallones en su pechera, no constituye una señal en que repare la gente.

El Padre Daniel de Barandiarán pertenece al grupo de las Fraternidades del brillante oficial y explorador francés Carlos Foucauld, un ateo que se convirtió al Cristianismo en sus contactos con el mundo del Islam.

La vida de las Fraternidades del Padre Foucauld se sitúa en el corazón mismo del mundo obrero, siendo pobres con los pobres, encarcelados con los prisioneros, despreciados con los miserables, errantes en las selvas africanas, y conviviendo con los pigmeos y los indios en las inmensas espesuras americanas.

Su vida consiste en vivir la de los pobres, con ellos, como ellos, entre ellos... sin hacerse notar, sin ruido. Vida de contemplativos en el corazón de las masas, sin guardaespaldas y sin los muros de cartujas o de trapas que los protejan.

La vida de las Fraternidades de Foucauld es la respuesta práctica, sencilla, sin sermones, al gigantesco interrogante histórico del mundo de la pobreza, del mundo obrero, más necesitado de la facultad de amar que la de odiar.

El Padre Daniel "fue" doctor en Filosofía y Letras. Amó a Cristo y al pobre a través del contacto con las obras de León Blois y de Dostoyewski, y a través de su venerado maestro, el filósofo Jacques Maritain.

Este sacerdote vasco inmerso ahora en la vida de la Guayana venezolana es sobrino de don Miguel de Barandiarán, también sacerdote y antropólogo de conocida fama en los medios científicos europeos.

Con unos años de sólidas experiencias entre los pueblos africanos y del Medio Oriente, el Padre Daniel vino, junto con dos compañeros más, con el objeto de adentrarse en el mundo indígena venezolano. Están, y actúan, dependiendo directamente de su venerado Arzobispo de la Guayana, Monseñor Bernal. Su vida entre los indígenas del Alto Caura es de simple presencia de contemplación de Dios y de trabajo en común con el indio, subordinados a los caciques indígenas.

Después de vestir y comer como los indios caureños durante largos meses, que es casi lo mismo que ayunar desnudos, publicó recientemente en los cuadernos de "Antropológica" de la Sociedad de Ciencias Naturales de La Salle, un primer esbozo de gramática y de diccionario makiritare titulado: "Datos lingüísticos de la Lengua Makiritare".

Ahora regresa de una segunda y más larga convivencia con aquella familia indígena a fin de no perder contacto y el pulso de Caracas y del mundo. Como fruto de estos diez

últimos meses de aislamiento total en el área geográfica de las cabeceras del Alto Caura trae consigo el borrador de "Cristo en Guayuco": unos ensayos filosóficos-antropológicos acerca de los indígenas venezolanos.

El título de "Cristo en Guayuco" de esos ensayos sintetiza el espíritu humano y cristiano que está guiando a estos hombres al penetrar en el corazón mismo del mundo indígena venezolano.

* * *

Como sacerdote, al Padre Daniel le preocupa el problema de la evangelización y del adentramiento sincero y total en el corazón del indio.

¿Qué entiende él pro una buena evangelización?

Como en muchas otras experiencias desagradables, resulta más explicativo señalar los errores.

Refiere el Padre Daniel que a raíz de la visita de una autoridad venezolana a una tribu indígena en 1958, decía dando unas palmadas paternales sobre el hombro de un noble jefe indio:

"¡Cuándo aprenderá esta gente a *hablar!*"

El Padre Daniel se indigna contra lo que expresa esta actitud de quienes se acercan al mundo indígena con la sola preocupación de "adaptarlos" a una manera de entender la vida, con reflejos condicionados de pensar, actuar y rezar de acuerdo con sus propias pautas, o bien con la intención clara de someterlos a ostentosos programas educacionales preparados por educadores sin "educación".

Ese venerable jefe indígena no sabía *hablar* porque no articulaba las palabras del castellano que aquella autoridad oficial había aprendido desde la cuna. Y era éste quien, desconociendo la lengua de aquel pueblo cuyo acercamiento le estaba encomendado, estaba en contradicción más abierta con las normas más elementales de humanismo y de respeto de un ser a otro.

Es curioso constatar que mientras se siguen lamentando los abusos contra las poblaciones indígenas durante la Conquista, porque se trata del fácil expediente de enjuiciar las faltas en el plano teórico y sentimental, se continúan cometiendo estos abusos en nuestros días de "avanzada civilización".

En febrero de 1959 se enterraban en las orillas del río Santa Ana de Zulia, en dos fosos comunes, a más de veinte indios motilones desposeídos de sus tierras, incendiadas sus casas y bárbaramente asesinados. Otra masacre similar de indios ha tenido lugar en diciembre pasado. Los dos graves sucesos no son sino un simple accidente más.

En el Apure se siguen también asesinando a los indígenas y comerciando con la virginidad india a trueque de un simple trozo de panela. Más de ochenta indios han servido de blanco mortal en estos cinco últimos años a los rifles autorizados y desautorizados de la región araucana de Elorza.

El terrible despertar de los pueblos de Asia y de África señala la hora de un renacer a la conciencia de sus dignidades personales, nacionales y culturales ante un trato paternalista injusto que trató de imponer, a veces criminalmente, una civilización cuyo monopolio tenían los hombres de piel blanca, o los que hablaban tal o cual lengua; porque

la discriminación por intolerancia no solamente se ha producido a causa de purezas de sangre, de coloraciones de piel o por el tamaño de los pueblos.

Resulta, pues, natural la hostilidad de algunos grupos indígenas venezolanos, que no son lo suficientemente fuertes para oponer resistencia ofensiva, pero sí lo bastante dignos como para defenderse hasta ir muriendo en las peleas.

"España deambula todavía en América con la carga muerta del siglo XVI sobre sus espaldas –dice el Padre Daniel, refiriéndose a la trasnochada posición y al orgullo ostentoso o agasajado que aún persiste–, porque con la excusa ignorante de querer imponer una misma lengua y una misma religión, se muestran incapaces para adentrarse en el alma de los pueblos indígenas americanos.

La excusa ha sido muchas veces el señuelo de llevar a estos sufridos indígenas la luz de la civilización cristiana.

"Y el Cristianismo no es –como dice el Padre Barandiarán– el monopolio de una forma particular de civilización. El Cristianismo se adapta a todas las civilizaciones, las purifica a todas, les da la perfección de su carácter propio, y las orienta en el más pleno y sano humanismo integral".

Es natural que el Padre Daniel, sacerdote y antropólogo, pro este orden, le preocupe primero lo religioso.

Pero antes del antropólogo y el mismo sacerdote está el hombre que hay en él, porque Dios primero hizo al Hombre responsable de sus actos. Como el acto de fe es el acto supremo del hombre, respeta primero la decisión libre del ser humano, su libre albedrío, y reclama una terrible responsabilidad al fanatismo intransigente cuando dice:

"Es imposible testimoniar de Cristo Resucitado sin despojarnos de toda intolerancia".

Y ¿qué es el indio en el sentido puramente humano?

El indio también es hombre.

"Iña maha sottoi –dice. Nosotros también somos hombres".

Y he aquí el sencillo punto de partida de la comprensión y la tolerancia necesarias para enfrentarnos a los problemas del indio: el indio también es hombre.

No basta con llevarle semillas y tractores, y construirle escuelas para sus hijos, y ayudarle a construir su vivienda. Es necesario llegar a él con la total comprensión de su mundo afectivo, de sus creencias, y prestarle ayuda sin estar cobrándole el precio de la renuncia al mundo de sus valores espirituales.

Señala muy acertadamente el Padre Daniel que todos los pueblos que han sufrido el yugo del paternalismo y de la tutela militar, económica o cultural, truncando por la fuerza impositiva el desarrollo de su vida espiritual, se han sentido de pronto desnudos y frustrados en su continuidad psíquica: apátridas en su propia patria.

Hay muchas tribus venezolanas que por este camino están perdiendo el ánimo de vivir.

"Esta íntima desesperación –dice– sería el motivo principal de la extinción rápida de las grandes tribus indias, como la Yabarana y la Macos, del Manapiare y el Ventuari Medio. Varias tribus más, como la de los Yaruros de Capanaparo, están también en igual proceso de extinción".

Aparte de estas consideraciones fundamentales de humanidad, el fomento de estas diversidades lingüísticas y culturales no hacen sino enriquecer en lo político la vida nacional.

El hombre no pierde nada con la diversidad y la tolerancia de lo que es vario en la expresión, si coincide en ese sentimiento de la convivencia como expresión de la verdadera cultura. Mientras se sigan fomentando las supremacías culturales y políticas por la fuerza, se irán creando resistencias dispuestas a combatir las.

Porque el hombre aspira a la libertad.

El Padre Daniel habla de un Cristo en guayuco para sintetizar así una civilización cristiana india, adaptada a su idiosincrasia, como un programa de orientar al misionero y al indiferente según las normas elementales de acción misionera y de todo actuar humano en el corazón indígena.

(De "El Nacional").

(*) "Antropológica", Sociedad de Ciencias Naturales La Salle, Nº 5, 31 de enero de 1959.